

## Los de abajo (Sa Rápita, 1992)\*

Tengo once hijos, dos gatos, un perro, tres peces, dos conejos y un loro. Con los niños las cosas me van muy bien, pero con los animales —un capricho de mi santa esposa— tengo problemas.

Acabo de cumplir 41 años. La madurez la soporto como buenamente puedo. Creo en muy pocas cosas. En la felicidad creo, si ésta consiste en el descubrimiento de que el suelo sobre el que estamos parados no puede ser más grande que lo que de él cubren nuestros dos pies. Heráclito lo dijo de otro modo: «El sol tiene la anchura del pie de un hombre».

Acabo de cumplir 41 años, y aquí estoy yo ahora de pie, a la sombra de la palmera de esta casa de todos los veranos, frente a la isla de Cabrera, mirando al mar. Escucho el rumor del oleaje, mis hijos más pequeños juegan en el patio trasero de la casa, hoy he terminado mi libro. En el suelo de mi estudio yacen mis manuscritos como hijos atrozmente abandonados por padre y madre.

\* Los subtítulos de todos los relatos de este libro indican fechas que corresponden al lugar y año en que sucede el relato y de ningún modo al lugar y año en que fue escrito, a excepción precisamente de éste, «Los de abajo», donde todo coincide. (*N. del A.*)

El libro está terminado y el lector tendrá sobre él la última palabra, pero entretanto a mí me parece que, entre otras cosas, he escrito, sin darme cuenta, una *Breve y heterodoxa Historia de España de los últimos 41 años*. Una historia en la que este país aparece más bien como tierra baldía y desheredada, sin demasiado futuro, casi yerma, muerta para la gracia de la vida, hasta el punto de que vemos aparecer en el libro la sombra de eso que Guillén, en carta a Salinas, llamó «la realidad modesta de España».

Esa realidad modesta sintoniza a veces con el espíritu de esa *Breve Historia del Mundo* que escribiera H. G. Wells y en la que, por ejemplo, el «fenómeno» cristianismo aparece condensado y aclarado en pocas páginas mejor que en los muchos volúmenes de Renan; un libro el de Wells en el que los supuestos grandes acontecimientos y los más célebres personajes son reducidos a su justa estatura y situados —con enorme garbo— en el lugar que se merecen.

También en mi libro yo he reducido la importancia de tanto acontecimiento histórico y de tanto personajillo en el fondo del todo irrelevante. Cuando, por ejemplo, se produce una noticia de primera plana, los fantasmas ambulantes que protagonizan mis episodios nacionales la ven como una injerencia en sus vidas y se dedican a esperar —como ya hiciera Kafka— a que llegue la tarde, y entonces se van a nadar. Como se ve, ellos también sitúan al mismo nivel el plano histórico y el personal. Todos son hijos sin hijos y su conducta, en la mayoría de los casos, recuerda a esos seres a los que su propia naturaleza aleja de la sociedad; seres que, en contra de lo que pueda suponerse, no necesitan que nadie les defienda porque, siendo oscuros, la incomprensión no puede hacer blanco en ellos; seres que tampoco necesitan ser confortados, porque si quieren seguir siendo de verdad sólo pueden alimentarse de

sí mismos, de forma que no se les puede ayudar sin hacerles daño.

Todos estos seres han invadido mi libro y han añadido mayores preocupaciones a las que ya de por sí tengo como padre de familia numerosa. Entre todos componen una *Antología de ciudadanos anónimos, fantasmas ambulantes, pobres personas y otros genios de la natación*. Para muchos de ellos, la Historia con mayúscula, sus grandes protagonistas y los acontecimientos solemnes, tienen una incidencia muy oblicua en sus difíciles y azarosas vidas, pues, además de estar muy ocupados en sus problemas personales, han inventado una especie de indiferencia distante que les permite no estar ligados a la realidad sino por un hilo invisible, como el de la araña.

Algunos de ellos son como ese amigo mío que paseando por París me cogió de repente del brazo después de ver en la valla de una construcción un cartel que invitaba a un mitin y que empezaba diciendo: «Isabel Allende se dirige a nosotros...». «¡A nosotros!», exclamó indignado. Se volvió y escuchó. «¡Gentuza!», dijo. Poco después, al pasar por delante de un quiosco de periódicos, leyó que las tropas turcas invasoras de Chipre habían entrado en Nicosia, la capital. Se avecinaba la guerra. «Qué lata», dijo mi amigo. Y es que todo lo veía como una injerencia en su vida.

Algunos de ellos son como ese exiliado ruso del que Nina Berberova nos dice que pasó dos años en cárceles nazis y que en el momento de recuperar la libertad no pensaba en nada más que en que le *devolvieran los cordones de sus zapatos*, pues de lo contrario se vería obligado a ir por la calle con los zapatos desatados y sujetándose los pantalones, porque tampoco le habían devuelto el cinturón y, como había adelgazado mucho en la cárcel, temía que se le cayeran los pantalones. Esto era lo que ocupaba sus pensamientos y no cosas teórica-

mente más importantes como la idea de que por fin estaba en libertad.

El libro contiene 41 breves pasajes —41 eran los años de Kafka cuando murió en el sanatorio de Kierling, hoy un edificio de viviendas modestas que no hace mucho visité— en los que de un modo consciente aludo a la vida, la obra o la ciudad del escritor checo, del hijo sin hijos por excelencia. El lector podrá, si así lo desea, jugar a descubrir las citas, pero en ningún momento el desdén o la incapacidad para reconocerlas deberá entenderlo como una limitación para su lectura, pues a fin de cuentas —no soy un escritor kafkiano, él no dejó hijos— esas citas son lúdicas y arbitrarias, puro juego y suplemento, aunque, eso sí, paradójicamente a veces las he visto encajar, con la rigurosa y enigmática precisión de un autómatas de Praga, en el relato de las difíciles existencias de *los de abajo* —así llamaba a los marginados de sus cuentos el realista checo Jan Neruda—, es decir, de todos cuantos viajan en mi caravana de fantasmas ambulantes, ciudadanos anónimos, hombres de zapatos desatados, pobres personas y otros genios de la natación.

Contemplo a lo lejos la misteriosa silueta de la isla de Cabrera. Mis hijos más pequeños juegan en el corral, que así es como llamamos aquí al patio trasero de la casa. En la cocina el loro repite su vieja cantinela de todos los días a esta hora. «Te quiero, Rita», dice. Es lo que mi mujer le enseñó a decir hace once años. Me siento bien, he terminado mi libro. Me digo que para escapar a la arbitrariedad de la existencia a veces —como me ha sucedido en este libro— necesito imponerme reglas algo rigurosas, aunque esas reglas sean, a su vez, arbitrarias. Siempre podrá pensarse que haberme impuesto, a lo largo de todo el libro, la regla de tener que combinar mi pálida biografía y un mundo imaginario de hijos sin hijos con

cierta atmósfera libresca y checa y el color algo desteñado de unas vistas de la Historia de España de los últimos 41 años es, como mínimo, haber apostado por una asociación algo arbitraria. Pero me parece que de esa combinación ha surgido una realidad rigurosa —esa gran verdad que cuentan las mentiras—, distinta de la oficial y posiblemente única. Después de todo, qué somos, qué es cada uno de nosotros sino una combinatoria, distinta y única, de experiencias, de lecturas, de imaginaciones.